

RENOVANDO LA TIERRA:

INVITACIÓN A REFLEXIONAR Y A ACTUAR

SOBRE EL MEDIO AMBIENTE BASÁNDONOS EN LA DOCTRINA SOCIAL CATÓLICA

**Declaración Pastoral de la
Conferencia Católica de los Estados Unidos
14 de noviembre de 1991**

**United States Catholic Conference
Department of Social Development and World Peace
3211 Fourth Street, N.E.
Washington, DC 20017
November 1991**

RENOVANDO LA TIERRA

Invitación a Reflexionar y a Actuar sobre el Medio Ambiente Basándonos en las Enseñanzas de la Doctrina Social Católica

Bosquejo

I.	Señales de la Época	1
	A. Propósitos de esta Declaración	1
	B. Justicia y Medio Ambiente	2
	C. Respuesta Católica	2
	D. Llamada a Reflexionar y a Actuar	3
II.	Visión Bíblica de la Buena Tierra de Dios	4
	A. El Testimonio de las Escrituras Hebraicas	4
	B. El Mensaje del Evangelio	5
III.	Enseñanza de la Doctrina Social Católica y la Moral del Medio Ambiente	5
	A. Un Universo Sacramental	5
	B. Respeto a la Vida	6
	C. El Bien Común del Planeta	6
	D. Una Nueva Solidaridad	7
	E. Propósito Universal de las Cosas Creadas	7
	F. Opción para los Pobres	7
	G. Desarrollo Auténtico	7
	H. El Consumo y la Población	8
	I. El Tejido de la Vida	9
IV.	Preocupaciones Teológicas y Pastorales	9
	A. El Creador y la Creación	9
	B. Razonamiento e Ingenio Humano	10
	C. Amor Cristiano	10
V.	Servidores de Dios y Creadores con El	10
	A. Nuevas Actitudes	11
	B. Nuevas Acciones	11
	C. Llamada a la Conversión	12
	D. Una Palabra de Esperanza	13

RENOVANDO LA TIERRA
Invitación a Reflexionar y a Actuar
sobre el Medio Ambiente Basándonos en
las Enseñanzas de la Doctrina Social Católica

Ante la vasta destrucción del medio ambiente, los seres humanos por doquiera empezamos a comprender que no podemos continuar utilizando los bienes de la tierra en la forma en que lo hemos estado haciendo en el pasado....Resurge una nueva conciencia ecológica....La crisis ecológica es un problema moral.

Juan Pablo II
1ro de enero de 1990

I. SEÑALES DE LA EPOCA

Esencialmente, la crisis del medio ambiente es un reto moral. Nos lleva a examinar como usamos y compartimos las riquezas de la tierra y lo que transmitiremos a las generaciones futuras, y como vivir en armonía con la creación divina.

Vivimos rodeados de los efectos del deterioro del medio ambiente: el smog en nuestras ciudades; los elementos químicos en el agua y la comida que consumimos; el desgaste del humus por la acción del viento; la pérdida de valiosas tierras pantanosas; la falta de depósitos adecuados de eliminación para los residuales radioactivos y tóxicos; la amenaza a la salud de los trabajadores agrícolas e industriales. Estos problemas, sin embargo, se extienden más allá de nuestros vecindarios y lugares de trabajo. Nuestros problemas son los problemas del mundo y representan una carga para generaciones futuras. Agua contaminada cruza libremente las fronteras. Lluvia ácida cae sobre países que no la han creado. Los gases que retienen el calor de la luz del sol en la superficie de la tierra al igual que los clorofluorocarbonos afectarán la atmósfera terrestre durante décadas sin importarles donde fueron producidos o usados.

Hay diversas opiniones sobre las causas y la gravedad de los problemas ambientales y la comprobación de los mismos. No obstante, los efectos de los mismos se pueden apreciar en las aguas y el aire contaminado, en el petróleo y los desperdicios que llegan a nuestras playas, en la pérdida de terrenos para cultivo, de tierras pantanosas y bosques, y en el deterioro de nuestros rios y lagos. Los científicos han identificado otros problemas varios menos visible pero de determinada urgencia, y la comunidad científica se haya en la actualidad estudiando dichos problemas que incluyen la disminución de la capa de

ozono, la destrucción de los bosques, la extinción de especies, la producción y eliminación de los residuales tóxicos y nucleares, y el calentamiento global. Los científicos se encuentran enfrascados en el estudio de estos importantes temas que requieren nuestra atención e intervención urgente. No somos científicos; pero como pastores hemos acudido a los expertos, a los ciudadanos y a aquellos responsables por trazar líneas de conducta para que continúen explorando las graves dimensiones ambientales, éticas y humanas de estos retos ecológicos.

Los problemas ambientales están también ligados a otros problemas básicos. Como ha reportado el notable científico Dr. Thomas F. Malone, la humanidad enfrenta problemas en cinco campos relacionados entre sí: el medio ambiente, la energía, la economía, la equidad, y la ética. Para asegurar la supervivencia de un planeta sano, debemos no sólo establecer una economía sostenible sino también sembrar la justicia tanto dentro de cada nación individualmente como entre las naciones en general. Debemos aspirar a una sociedad donde la vida económica y los compromisos ambientales trabajen en unísono para proteger y mejorar la vida en nuestro planeta.

A. Propósitos de esta Declaración

A través de estas reflexiones pastorales, esperamos incorporar nuestra voz distintiva y constructiva al diálogo ecológico que se ha iniciado en nuestra nación y en nuestra Iglesia. Son para nosotros estas reflexiones el principio, y no el fin. Queremos estimular diálogo sobre todo con la comunidad científica. Sabemos que esto no va a ser tarea fácil. Hablamos como pastores que ofrecen sus ideas sobre un problema global que muchos reconocen también como una crisis moral y religiosa. Al ofrecer nuestras opiniones en estos momentos, nuestros objetivos son seis:

- (1) Recaltar el alcance ético de la crisis del medio ambiente;
- (2) enlazar los asuntos de ecología y pobreza, del medio ambiente y desarrollo;
- (3) apoyar a los trabajadores y a las personas de muy baja condición social y económica;
- (4) promover la visión de una comunidad mundial sostenible y justa;
- (5) invitar a la comunidad católica y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a reflexionar más

profundamente sobre los alcances religiosos de este tema;

- (6) iniciar un diálogo más extenso sobre la posible contribución de la iglesia a los asuntos ambientales.

Sobre todo, tratamos de estudiar la conexión que existe entre la preocupación por el individuo y por la tierra y entre la ecología natural y la humana. El tejido de la vida es uno. Cuando maltratamos al mundo natural degradamos nuestra propia dignidad y santidad, no sólo porque destruimos nuestros recursos sino también porque participamos en actos que contradicen lo que significa ser humano. Nuestra tradición exige que protejamos la vida y la dignidad del ser humano, y está cada vez más claro que dicha tarea no se puede separar del cuidado y la defensa de toda la creación.

B. La Justicia y el Medio Ambiente

La raza humana en general sufre debido a la plaga ambiental, y generaciones aún por nacer pagarán el precio de nuestra falta de acción. Pero en la actualidad, en la mayoría de los países, incluyendo el nuestro, son los pobres y los desamparados los que llevan directamente el peso de nuestra indiferencia hacia el medio ambiente. Serán sus tierras y vecindarios los que tienen mayor probabilidad de contaminarse o de ser usados como depósitos de residuos tóxicos, su agua potable de llegar a ser impotable, y sus hijos de verse afectados. Muy a menudo la estructura del sacrificio que exige las soluciones ambientales parece pedir más de los pobres y de los trabajadores. Por ejemplo, los pequeños agricultores, los trabajadores industriales, los leñadores, los barqueros, los que extraen el caucho son los que llevan sobre sus hombros la mayor parte del peso del ajuste económico. Atrapados en una espiral de pobreza y degradación ambiental, los pobres sufren agudamente por la pérdida de fecundidad de sus tierras, la contaminación de los ríos y las calles urbanas, y la destrucción de los recursos forestales. La superpoblación y la distribución desigual de las tierras frecuentemente los obliga a hacer uso excesivo de la tierra, a despejar los bosques, o a trasplantarse a tierras marginales. Sus esfuerzos para escasamente poder ganarse la vida contribuyen a la degradación ambiental, y frecuentemente sufren calamidades que no sólo los afectan a ellos sino también a otros tan o más pobres que ellos.

Debemos poner en práctica políticas económicas que sean sostenibles, es decir, que reduzcan la carga apremiante que en la actualidad recae sobre los sistemas naturales y que sean consistentes con una política ambiental estable a largo plazo. Al mismo tiempo, la economía mundial debe llegar a incluir a aquellos cientos

de millones de familias pobres que viven al borde de la supervivencia.

C. La Respuesta Católica

Ante estos retos, ha comenzado a evolucionar un nuevo espíritu de responsabilidad. Se están legislando leyes esenciales; se están realizando esfuerzos vitales para combatir la contaminación; la inquietud pública va en aumento.

Los católicos norteamericanos forman una parte integral de esta nueva conciencia y espíritu. De muchas maneras pequeñas estamos aprendiendo más, preocupándonos más, y haciendo más por el medio ambiente y todo lo que lo amenaza. Como la comunidad de fe que somos también tratamos de entender con más claridad las dimensiones éticas y religiosas de este reto. Este mensaje pastoral que surge de previas declaraciones y actos de obispos individuales, diócesis, conferencias estatales, y conferencias episcopales de otros países, así como de las ideas y las investigaciones de teólogos, científicos, y los que estudian el medio ambiente constituye un esfuerzo para alcanzar dicha comprensión. De nuestro entendimiento como seres humanos que formamos parte de la naturaleza, pero sin estar limitados a ella, surge una contribución característicamente católica a la conciencia ambiental contemporánea. Los católicos, en la teología natural, estudian la naturaleza para buscar indicios de la existencia y el propósito de Dios. Al elaborar una ley moral natural, buscamos en los mismos procesos naturales las normas para el comportamiento humano. Teniendo en mente dichas limitaciones, el Papa Juan Pablo II en *Centesimus Annus* exhorta a que, además de proteger los sistemas naturales y demás especies, "protejamos las condiciones morales que conducen a una 'ecología humana' auténtica" en la planificación urbana, el ambiente de trabajo, y la vida familiar. De acuerdo con las enseñanzas católicas, la naturaleza no es sólo un campo a explotar a voluntad o algo anticuado que debe conservarse a toda costa. No somos dioses; somos administradores de la tierra.

Reconocemos los esfuerzos que están realizando otras iglesias cristianas y personas de otras creencias en beneficio del planeta. Aceptamos la responsabilidad religiosa común que tenemos de formular una ética para el cuidado de la tierra.

Nuestra propia "Campaign for Human Development" (Campaña para el Desarrollo Humano) apoya una extensa variedad de esfuerzos locales a favor del medio ambiente. Entre estos están los proyectos siguientes:

- * En el estado de Washington, una organización de trabajadores agrícolas trata de disminuir el uso de pesticidas en la industria manzanera.
- * En Mississippi rural, una coalición comunitaria trata de asegurar que el agua potable sea más asequible.
- * En Jersey City, 40 parroquias y congregaciones hacen esfuerzos para eliminar los desechos de cromo del lugar donde se construirán 600 casas a costo moderado que patrocinan dichas parroquias y congregaciones.
- * En Oakland, California, mujeres inmigrantes del Asia tratan de controlar la exposición a productos químicos peligrosos a que han estado sujetos los trabajadores de electrónica.
- * En la capital de nuestra nación, las víctimas de la radiación que se escapa a la atmósfera debido a los programas nucleares del gobierno ejercen presión para obtener tratamiento médico para las enfermedades provocadas por la radiación.

A través de la nación, la Conferencia Nacional Católica sobre Vida Rural (National Catholic Rural Life Conference) continúa abogando por un mayor respeto hacia la tierra y por normas agrícolas sostenibles, combatiendo la pérdida del humus y la contaminación de las aguas, promoviendo un modo equitativo de vida para aquellos que trabajan la tierra, y ayudando a las comunidades religiosas y a las iglesias locales en la administración de fincas, bosques, y tierras aguanosas que poseen.

Además, la Catholic Relief Services (CRS) fomenta la obligación que tiene la iglesia de hacer uso adecuado de la tecnología en sus proyectos de desarrollo rural cuyas metas son el desarrollo agrícola y una base sostenible de desarrollo comunitario en otros países. Para ayudar a destruir el ciclo de pobreza y la consunción ambiental en el Tercer Mundo, CRS presta su ayuda a proyectos tales como:

- * En las regiones montañosas del Perú, cincuenta y cuatro comunidades han logrado aumentar su producción agrícola volviendo a adoptar los métodos sostenibles de cultivo que usaron sus antepasados preincas y que ayudan a la cosecha a resistir sequías y daños causados por heladas.
- * En Bangladesh, una organización local ha desarrollado un programa para procesar las

toxinas de las aguas residuales, usando una planta acuática de superficie, la lenteja de agua, para proteger a los que viven a la orilla de los ríos de las enfermedades transmitidas por el agua.

- * En Madagascar, donde la superpoblación ha causado una deforestación grave, el gobierno y grupos locales entrenan a los campesinos transitorios a cultivar las cosechas usando métodos productivos que no dañan el medio ambiente.
- * En Egipto, dos comunidades han diseñado un sistema para recoger y deshacerse de aguas residuales.

D. Llamada a Reflexionar y a Actuar

Agradecidos por el don de la creación y arrepentidos ante el estado de deterioro del mundo natural, invitamos a los católicos y a la gente de buena voluntad y de cualquier condición social a meditar con nosotros sobre las consecuencias morales suscitadas por la crisis ambiental.

Le preguntamos a la comunidad católica: ¿De qué modo estamos llamados a cuidar de la creación de Dios? ¿Cómo podríamos aplicar nuestras doctrinas sociales, haciendo énfasis en la vida y dignidad humana, al reto de proteger la tierra, nuestro hogar común? ¿Qué podemos nosotros en la comunidad católica ofrecer al movimiento ambiental y qué podemos aprender del mismo? ¿Cómo podríamos estimular un diálogo serio dentro de la comunidad católica--en nuestras parroquias, escuelas, universidades, y otros marcos--sobre las dimensiones éticas importantes de la crisis ambiental?

A todos aquellos de buena voluntad a todo lo largo del país les preguntamos: ¿Cómo podríamos proceder a forjar una ética ambiental común y factible? ¿Qué pasos podríamos tomar para crear una economía sostenible y justa? ¿Qué podríamos hacer para enlazar más firmemente en la conciencia pública el deber de justicia y nuestras obligaciones con el medio ambiente? ¿Cómo podríamos reconocer y enfrentarnos a los posibles conflictos entre el medio ambiente y los trabajos y trabajar para el bien común y las soluciones que le den su justo valor tanto al ser humano como a la tierra? ¿Cómo podríamos asegurar que se protegerá a todas las criaturas de Dios, incluyendo a los pobres y a los que aún no han nacido? ¿Cómo podría los Estados Unidos como nación actuar responsablemente con respecto a este problema que cada vez se hace más mundial? ¿Y cómo, en nuestros esfuerzos por obtener una economía mundial sostenible, podremos cumplir con nuestras obligaciones de obtener justicia para los pobres del Tercer Mundo?

Son estos asuntos de extrema urgencia y mayores consecuencias. Constituyen un llamamiento excepcional a la conversión. Como individuos, como instituciones, como pueblo necesitamos cambiar nuestros sentimientos para conservar y proteger el planeta para nuestros hijos y para aquellas generaciones que aún están por nacer.

II. VISION BIBLICA DE LA BUENA TIERRA DE DIOS

Los estudios bíblicos intensifican nuestro entendimiento sobre la historia de la creación y lo que ésta representa para las opiniones que nos estamos formando sobre el mundo natural.

A. El Testimonio de las Escrituras Hebraicas

La responsabilidad cristiana hacia el medio ambiente comienza con la apreciación de la bondad de toda la creación de Dios. En el principio, Dios "vió todo cuanto había hecho, y estaba muy bien". (Gn 1:31). "Los cielos y la tierra, el sol y la luna, los peces y los pájaros, los animales y los hombres--todos son bueno. La sabiduría y el poder de Dios estuvieron presente en todos los aspectos del desarrollo de la creación." (Pr 8:22-31)

No es de extrañarse, pues, que cuando el pueblo de Dios se vió lleno del espíritu de oración, invitó a toda la creación a unirse para exaltar la bondad de Dios:

Bendiga la tierra al Señor,
cantadle, exaltadle eternamente.
Montes y colinas, bendecid al Señor,
cantadle, exaltadle eternamente.
Fuentes, bendecid al Señor,
cantadle, exaltadle eternamente.
Mares y rios, bendecid al Señor,
cantadle, exaltadle eternamente.
Cetáceos y todo lo que se mueve en las aguas,
benedicid a Señor,
cantadle, exaltadle eternamente.
Pájaros todos del cielo, bendecid al Señor,
cantadle, exaltadle eternamente.
Fieras todas y bestias, bendecid al Señor,
cantadle, exaltadle eternamente.

(Dn 3:74ff)

La biblia nos recuerda que la tierra fué un regalo para todas las criaturas, "toda alma viviente, toda carne que existe sobre la tierra" (Gn 9:16-17).

El ser humano comparte la tierra con otras criaturas. Pero el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, fué llamado de un modo especial "para que la labrase y cuidase" (Gn 2:15). Por consiguiente, los hombres y las mujeres tienen la responsabilidad única con Dios de proteger el mundo creado y, por medio de una labor creativa, hasta de mejorarlo. Al proteger la creación nos obligamos a vivir responsablemente dentro de ella y de no usarla como si viviéramos fuera de ella. A la familia humana se le ha encargado el conservar la belleza, diversidad e integridad de la naturaleza, así como el fomentar su productividad. Pero sólo Dios ejerce supremo sobre toda la tierra. "De Yahveh es la tierra y cuanto hay en ella, el orbe y los que en él habitan" (Sal 24:1). Al igual que la tuvo el patriarca Noé, la humanidad tiene la responsabilidad de asegurar de que la naturaleza entera continúe prosperando de acuerdo con los deseos de Dios. Después del diluvio, Dios hizo una alianza permanente con Noé, sus descendientes, y "todas las criaturas vivientes". Por consiguiente, no somos libres de usar las cosas creadas a capricho nuestro.

Sin embargo, la arrogancia y la codicia de los seres humanos nos aleja cada vez más de la naturaleza (Gn 3, 4, 6-9, 11, etc.). En el relato bíblico de Noé, el nuevo orden del mundo se caracterizó por el alejamiento de los seres humanos de la naturaleza. Los pecados de la humanidad devastaron la tierra. Osea, por ejemplo, clama:

*[P]ues no hay una fidelidad ni amor,
ni conocimiento de Dios en esta tierra;
sino perjurio y mentira, asesinato y robo,
adulterio y violencia, sangre que sucede a sangre.
Por eso, la tierra está en duelo,
y se marchita cuanto en ella habita,
con las bestias del campo
y las aves del cielo;
y hasta los peces del mar desaparecen.*
(Os 4:1b-3)

Por ende, en la visión bíblica el sufrimiento de toda la creación es consecuencia de la injusticia.

Para poner freno al abuso con la tierra y los seres humanos, el antiguo Israel trazó defensas legales dirigidas a restaurar el balance original entre la tierra y el pueblo. (Lv 25) Cada séptimo año, la gente y la tierra descansarían; la naturaleza se renovarían como consecuencia de la moderación humana. Y cada séptimo día, el día de descanso, o sea el sábado, daría alivio a trabajadores y bestias por igual de los rigores del trabajo. La comunidad entera fué invitada a apreciar en la creación la bondad de Dios. Además, al rendir culto, el día de descanso continúa recordándonos que como criaturas de Dios dependemos de Dios, y, por lo tanto, que tenemos

afinidad con todo lo creado por El. Pero el pueblo no obedeció la ley. Unos cuantos continuaron acumulando tierras, muchos fueron desterrados, y la tierra se empobreció. Seguidamente, Dios envió a sus profetas para recordarle al pueblo que debía asumir su responsabilidad. De nuevo, el pueblo se volvió duro de corazón y no tuvo compasión ni por la tierra ni por la gente. Los profetas prometían un castigo por el daño hecho a la gente de la tierra, pero también preveían un día de restauración en el cual se renovarían la armonía entre la humanidad y el mundo natural.

B. El Mensaje del Evangelio

Jesús vino proclamando un jubileo (Lc 4:16-22) donde la humanidad, y con ella toda la creación, sería liberada (Rm 8:18-25). Habló, sin embargo, sobre la salvación con el conocimiento de la tierra propio del que vive en la tierra. La gracia de Dios es como el trigo que brota y crece en la noche (Mc 4:26-29); el amor divino, como un pastor que busca la oveja perdida (Lc 15:4-7). En las aves del cielo y los lirios del campo, Jesús dió una nueva razón a sus discípulos para que abandonasen su insaciable búsqueda por la seguridad y prosperidad material y para que confiaran en Dios (Mt 6:25-33). Jesús mismo es el buen Pastor que da su vida por las ovejas (Jn 10). Su Padre es el viñador que corta el sarmiento para que dé más fruto (Jn 15:1-8). Estos conceptos familiares, aunque se refieren directamente al encuentro de la humanidad con Dios, al mismo tiempo revelan que la afinidad fundamental de la humanidad con la naturaleza radica en preocuparse por toda la creación.

La nueva alianza sellada con la sangre de Jesús supera toda hostilidad y restaura el orden del amor. Así como en su persona Cristo destruyó la hostilidad que dividía a la humanidad, así también triunfó sobre la contradicción entre la humanidad y la naturaleza. Porque es el primogénito de una nueva creación y da su Espíritu para renovar a toda la tierra (Col 1:18-20; Sal 104:30). Los frutos de ese Espíritu—alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, y dominio de sí mismo (Gal. 5:22)—nos caracterizan como pueblo de Cristo. Al igual que nos propenden a "servirnos los unos a los otros con el amor (Gal 5:13)", también pueden inclinarnos a que vivamos cuidadosamente en la tierra respetando a todas las criaturas de Dios. Como nos enseñaron santos como Benedicto, Hildegardo y Francisco, nuestra forma cristiana de vivir es el camino que nos lleva hacia la comunión con toda la creación.

III. DOCTRINA SOCIAL CATÓLICA Y LA ETICA AMBIENTAL

La tradición de la doctrina social católica ofrece una perspectiva en desarrollo y distintiva sobre temas ambientales. Creemos que los siguientes temas tomados de esta tradición forman las dimensiones integrales de responsabilidad ecológica:

- * una visión sacramental del universo concentrada en Dios que se basa en hacer responsable a los hombres por el destino de la tierra;
- * el respeto continuo por la vida humana, incluyendo el respeto por toda la creación;
- * una opinión mundial que reafirme el significado ético de la interdependencia global y el bien común;
- * una ética de solidaridad que promueva en la comunidad global una cooperación y sistema justo de compartir;
- * una conciencia del propósito universal de las cosas creadas que requiera el uso equitativo de los recursos terrenales;
- * una opción para los pobres que busque fervorosamente un mundo justo y sostenible;
- * el concepto de un desarrollo auténtico que ofrezca un sentido de progreso que respete la dignidad humana y los límites de crecimiento material.

Aunque la doctrina social católica no ofrece una ética ambiental completa, confiamos que esta tradición en vía de desarrollo pueda servir como la base fundamental para el compromiso y diálogo católico con la ciencia, el movimiento ambiental, y otras comunidades de fe y buena voluntad.

A. Un Universo Sacramental

El universo entero es morada de Dios. La tierra, rincón muy pequeño y extraordinariamente bendecido del universo, es el hogar de la humanidad; y los hombres nunca se sienten más como en su hogar que cuando Dios habita entre ellos. En el principio, el primer hombre y la primera mujer se paseaban con Dios a la hora de la brisa. A través de la historia, la gente ha seguido encontrando al Creador en las cimas de las montañas, en los vastos desiertos, y a lo largo de cascadas y manantiales que circulan suavemente. En las tormentas y terremotos ha encontrado la demostración del poder divino. En el ciclo de las estaciones y la trayectoria de las estrellas, ha descubierto muestras de la fidelidad y sabiduría de Dios. Aunque vagamente, todavía compartimos ese sentido de la presencia de Dios en la naturaleza. Mas como herederos

y víctimas de la revolución industrial, estudiantes de ciencia y beneficiarios de la tecnología, los que viven en ciudades y los abonados que viajan en aviones de reacción, los norteamericanos del siglo veinte también se han apartado de la escala natural y los ritmos de la vida terrenal.

Para muchos, el movimiento ambiental ha vuelto a despertar la apreciación por la verdad de que a través de los dones creados de la naturaleza los hombres y las mujeres encuentran a su Creador. La visión cristiana de un universo sacramental--un mundo que revela la presencia del Creador a través de signos visibles y palpables--pudiera contribuir a hacer que la tierra se convierta una vez más en hogar para la familia cristiana. El Papa Juan Pablo II ha exhortado a todos los cristianos a respetar y proteger el medio ambiente para que, mediante la naturaleza, la gente pueda "reflexionar sobre el misterio de la grandeza y el amor de Dios".

La reverencia por el Creador presente y activo en la naturaleza, por otra parte, puede servir como base para una responsabilidad ambiental. Porque las plantas y los animales mismos, las montañas y los océanos que en su hermosura y sublimidad elevan nuestros pensamientos hacia Dios, por su fragilidad y fenecimiento, exclaman, "No nos hemos creado a nosotros mismos". Dios les da la vida y les da el sustento para que puedan existir. Al Creador del Universo, pues, es a quien tenemos que rendir cuenta de lo que hacemos o no hacemos para mantener y cuidar de la tierra y de todas sus criaturas. Porque "[d]e Yahveh es la tierra y cuanto hay en ella (Sal 24:1)". Viviendo en la presencia de Dios comenzamos a sentirnos como parte de la creación, como administradores dentro de la creación, no fuera de ella. Como fieles administradores, alcanzamos la plenitud de la vida cuando vivimos responsablemente dentro de la creación de Dios.

Administración implica que debemos no sólo cuidar de la creación de acuerdo con normas no creadas por nosotros, sino también tener la habilidad de encontrar los medios para lograr que la tierra prospere. Es un balance difícil que requiere sentido de limitaciones y espíritu de experimentación. Hasta cuando nos regocijamos en la bondad de la tierra y la belleza de la naturaleza, la tarea de administrar nos hace asumir responsabilidad por el bienestar de las criaturas de Dios.

B. Respeto a la Vida

El respeto a la naturaleza y el respeto a la vida humana se encuentran intrincadamente relacionados. "El respeto a la vida y a la dignidad del ser humano", escribe el Papa Juan Pablo II, "se extiende además al resto de la creación". Otras especies, ecosistemas, y hasta paisajes

distintivos, glorifican a Dios. La alianza con Noé fué una promesa a toda la tierra:

He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros, y con vuestra futura descendencia, y con toda alma viviente que os acompaña: las aves, los ganados, y todas las alimañas que hay con vosotros, con todo lo que ha salido del arca, todos los animales de la tierra. (Gn. 9:9)

La gloria de Dios se manifiesta en la diversidad de la vida. Todas las criaturas comparten un poco de la belleza divina. Como una sola criatura no puede representar la totalidad de la bondad divina, Aquino nos dice que Dios "produjo muchas y diversas criaturas para que de lo que carece una al representar la bondad de Dios, otra pueda suplirla. . . De aquí que todo el universo unido forma parte de la bondad divina con más perfección y lo representa mejor que una sola criatura en particular". La maravillosa variedad del mundo natural es, por lo tanto, parte del plan divino y, como tal, exige nuestro respeto. En consecuencia, es justo y necesario que tratemos a las demás criaturas y al mundo natural no sólo como medio de realización humana, sino como criaturas de Dios con valor independiente y dignas de nuestro respeto y solicitud.

Demostremos respeto por la creación y reverencia por el Creador cuando preservamos el medio ambiente natural, protegemos las especies en peligro de extinción, trabajamos para hacer las condiciones humanas más compatible con la ecología local, usamos la tecnología apropiada, y evaluamos cuidadosamente las innovaciones tecnológicas que adoptamos.

C. El Bien Común del Planeta

En 1963, el Papa Juan XXIII en su encíclica *Pacem in Terris* hizo énfasis sobre la creciente interdependencia mundial. Vió que surgían problemas que los mecanismos políticos tradicionales ya no podían enfocar, y extendió el principio tradicional del bien común más allá de la nación-estado hasta la comunidad mundial. La preocupación ecológica actual ha agudizado nuestra conciencia sobre cuan interdependiente es nuestro mundo. No cabe duda que algunos de los problemas ambientales más serios son globales. En este mundo que se reduce día a día todos estamos afectados y todos somos responsables aunque los menos afectados son a menudo los que más asumen responsabilidad. El bien común universal pudiera servir como la base de una ética ambiental global.

En muchas de sus declaraciones, el Papa Juan Pablo II ha reconocido la necesidad que existe de adoptar dicha

ética. Por ejemplo, en 1991, en su mensaje del Día Mundial de la Paz, escribió, "En la actualidad, la crisis ecológica ha alcanzado tales proporciones que se ha convertido en la responsabilidad de todos. . . . Sus diversos aspectos demuestran la necesidad de realizar esfuerzos unidos dirigidos a establecer las funciones y obligaciones que incumben a individuos, pueblos, estados, y a la comunidad internacional".

En este sentido, los gobiernos tienen una responsabilidad única. En *Centesimus Annus* el Papa insiste en que el estado tiene la tarea de velar "por la defensa y conservación del bien común, tal como el medio ambiente natural y humano que no puede protegerse solamente por medio de las fuerzas del mercado".

D. Una Nueva Solidaridad

La tradición católica describe el bien común universal por medio del deber de solidaridad, "la convicción firme y persistente de obligarse uno mismo a lograr el bien común", la buena voluntad "de olvidarse de sí mismo" por el bien de otros en lugar de abusar del prójimo". Por otra parte, ante "las estructuras del pecado", la solidaridad requiere que sacrifiquemos nuestros intereses propios por el bien de los demás y de la tierra que compartimos. La solidaridad le crea obligaciones especiales a las democracias industriales, incluyendo a los Estados Unidos. "La crisis ecológica", escribe el Papa Juan Pablo, "revela la urgente necesidad moral de una nueva solidaridad, especialmente en las relaciones entre las naciones en desarrollo y aquellas que están extremadamente industrializadas". Sólo con un desarrollo equitativo y sostenible podrán las naciones pobres poner freno a la incesante degradación ambiental y evitar los efectos destructivos del tipo de "super" desarrollo que hace uso de los recursos naturales irresponsablemente.

E. Propósito Universal de las Cosas Creadas

Dios nos ha dado el fruto de la tierra para la manutención de toda la familia humana "sin excluir o favorecer a nadie". El trabajo de los hombres ha ensalzado la capacidad productiva de la tierra y en nuestra época, como ha dicho el Papa Juan Pablo II, es "cada vez más importante como el factor productivo tanto de las riquezas no materiales como de las materiales". Pero un gran número de personas, tanto en el Tercer Mundo como en nuestras propias ciudades y áreas rurales, todavía se encuentra privado de los medios de ganarse la vida. Al marchar hacia una economía sostenible desde el punto de vista ambiental, nos vemos obligados a luchar por un sistema económico justo que distribuya equitativamente las riquezas de la tierra y de la empresa humana con todos.

Las cosas creadas no pertenecen sólo a unos cuantos, sino a todos los seres humanos.

F. Opción para los Pobres

El problema ecológico está relacionado íntimamente con la justicia hacia los pobres. "Los bienes de la tierra, que en el plan divino deben ser un patrimonio común", nos ha recordado el Papa Juan Pablo II, "a menudo corren el riesgo de convertirse en monopolio de unos cuantos que frecuentemente los desaprovechan y, algunas veces, hasta los destruyen, causándole así un perjuicio a toda la humanidad".

Los pobres de la tierra dan una prueba especial de nuestra solidaridad. Los ajustes amargos en nuestras economías que tenemos que hacer por el bien del medio ambiente no deberán disminuir nuestra sensibilidad hacia las necesidades de los pobres en nuestra patria y en el exterior. La opción para los pobres encerrada en el Evangelio y en las enseñanzas de la Iglesia nos hace consciente de que el deterioro ambiental afecta más directamente a los pobres los cuales tienen menos acceso a los medios que pudieran aliviar su sufrimiento. Los indígenas mueren con sus bosques y sus praderas. En Bhopal y Chernobyl, fueron los pobres urbanos y la clase trabajadora los que sufrieron la contaminación más inmediata e intensa. La naturaleza sólo gozará su segunda venida cuando la humanidad empiece a sentir compasión por sus miembros más débiles.

Un tema relacionado y vital es el compromiso constante de la Iglesia con la dignidad del trabajo y los derechos de los trabajadores. El progreso ambiental no debe lograrse a expensas de los trabajadores y sus derechos. Deben buscarse soluciones que no nos obliguen a escoger entre un ambiente y una vida decente para los trabajadores.

Reconocemos los conflictos potenciales que existen en esta área y trabajaremos hasta alcanzar mayor comprensión y comunicación, así como por un punto común entre los trabajadores y los que trabajan a favor del medio ambiente. Claramente, no se le puede exigir a los trabajadores que se sacrifiquen para mejorar el medio ambiente si no tienen el apoyo concreto de la mayor parte de la comunidad. Donde se pierdan trabajos, la sociedad tiene la obligación de ayudar en el proceso de conversión económica a fin de que no sólo la tierra, sino también los trabajadores y sus familias estén protegidos.

G. Desarrollo Auténtico

Un desarrollo económico desenfrenado no es la solución para mejorar las condiciones de vida de los

pobres. La doctrina social católica jamás ha aceptado el progreso material como modelo de desarrollo. "La mera acumulación de bienes y servicios, aunque fuese en beneficio de la mayoría", como ha dicho el Papa Juan Pablo II, "no es suficiente para lograr la felicidad humana". También nos ha prevenido que en el afán "por tener y disfrutar en lugar de por ser y crecer", la humanidad "consume los recursos de la tierra, sometiéndola sin control. . . como si no tuviera requisitos y propósitos propios dados por Dios".

Un desarrollo auténtico tolera moderación y hasta austeridad en el uso de los recursos materiales. También promueve una perspectiva mesurada de progreso humano compatible con el respeto a la naturaleza. Es más, invita al desarrollo de perspectivas alternas de una buena sociedad, y el uso de modelos económicos con normas de bienestar más fructíferos que la productividad material solamente. El desarrollo auténtico también requiere que las naciones acaudaladas busquen maneras de reducir y resolver el problema del consumo excesivo de los recursos naturales. Por último, el desarrollo auténtico también abarca el fomentar el uso adecuado de la tecnología tanto agrícola como industrial de manera que desarrollo no signifique solamente adelanto tecnológico en beneficio propio sino más bien que la tecnología beneficie a los pueblos y mejore la tierra.

H. El Consumo y la Población

En las polémicas públicas, hay dos áreas en particular que se mencionan porque exigen gran cuidado y entendimiento humano. La primera es el uso de recursos. La segunda es el aumento en la población mundial. Lamentablemente, las clases privilegiadas a menudo están más interesados en el control de la natalidad en el Tercer Mundo que en frenar la insaciable consumición del mundo desarrollado. Creemos que esto recrudece las injusticias y la falta de respeto por la vida de nuestros hermanos más débiles. Por ejemplo, no es tanto el aumento en población sino los esfuerzos desesperados de los países deudores por pagar su deuda exterior exportando sus productos a países ricos industrializados lo que echa fuera de sus tierras a los pobres campesinos para ir a dar a las laderas desgastadas de las colinas donde asimismo continúan destruyendo el medio ambiente en su lucha por subsistir.

El consumo en las naciones desarrolladas continúa siendo la fuente máxima de destrucción ambiental global. Por ejemplo, un niño nacido en los Estados Unidos grava más los recursos mundiales que uno nacido en un país pobre en vías de desarrollo. Según se ha estimado, cada norteamericano usa 28 veces más energía que una persona viviendo en un país en desarrollo. Las sociedades adelantadas, y la nuestra en particular, apenas han

comenzado a hacer esfuerzos por reducir el consumo de recursos y la enorme cantidad de desperdicios y contaminación que el consumo ocasiona. Por lo tanto, nosotros en el mundo desarrollado tenemos la obligación de considerar nuestro uso derrochador y destructivo de los recursos del mundo como el asunto de extrema prioridad que es.

Al tratar los problemas de la población, el principal factor, aunque no el único factor, es el desarrollo sostenible social y económico. La realidad es que los arreglos tecnológicos no funcionan. Sólo cuando la economía distribuye los recursos de manera que a los pobres se les permita tener un interés equitativo en la sociedad y alguna esperanza para el futuro podrán las parejas darse cuenta de una paternidad/maternidad responsable es beneficiosa para sus familias. En particular, el cuidado prenatal, la educación, la buena nutrición, y la atención médica para mujeres, niños, y familias promete mejorar el bienestar familiar y contribuir a estabilizar la población. Por otra parte, apoyar dicho desarrollo social equitativo posiblemente sea la mejor contribución de las sociedades acaudaladas, tales como los Estados Unidos, para contribuir a mitigar las presiones ecológicas de las naciones menos desarrolladas.

Al mismo tiempo, debemos reconocer que el rápido crecimiento demográfico nos plantea problemas y retos especiales que deben tomarse en consideración para evitar perjudicar el medio ambiente y el desarrollo social. En las palabras del Papa Pablo VI, "Es verdad que muy a menudo un aumento demográfico acelerado agrega sus propios obstáculos a los problemas de desarrollo: el tamaño de la población aumenta más rápidamente que los recursos disponibles". En *Sollicitudo Rei Socialis* el Papa Juan Pablo II también ha observado que "Uno no puede negar la existencia, especialmente en el hemisferio sur, de un problema demográfico que crea dificultades para el desarrollo". Continúa relacionando entre sí el tamaño de la población, el desarrollo y el medio ambiente. Comentó que "existe un mayor entendimiento de las limitaciones de los recursos disponibles y de la necesidad de respetar la integridad y los ciclos de la naturaleza y de tomarlos en cuenta al planear el desarrollo. . . ." Aunque es posible alimentar a una creciente población, debe tomarse en consideración el costo ecológico de hacerlo. Para erradicar el hambre de nuestro planeta, la comunidad mundial necesita reformar las estructuras institucionales y políticas que limitan al pueblo acceso a la comida.

De este modo, la Iglesia aplica los problemas de población al contexto de sus enseñanzas sobre la vida humana, el desarrollo justo, el cuidado del medio ambiente, y el respeto a la libertad de los matrimonios a

IV. PREOCUPACIONES TEOLÓGICAS Y PASTORALES

decidir voluntaria y responsablemente el número y espaciamiento de sus hijos. De conformidad con estos valores y respetando las guías culturales, continúa oponiéndose a los métodos coercivos de control de la natalidad y a los programas que influyen sobre estas decisiones con el uso o la falta de incentivos. El respeto a la naturaleza debe promover políticas que estimulen una planificación natural de la familia y una verdadera paternidad/ maternidad responsable en lugar de promover programas coercivos para el control de la natalidad que violan los preceptos culturales y religiosos y las enseñanzas católicas.

Por último, se nos ha encomendado el restablecimiento de la integridad de toda la creación. Debemos cuidar de todas las criaturas de Dios, especialmente de las más vulnerables. ¿Cómo podemos proteger a las especies en peligro de extinción y, a la vez, permanecer insensibles hacia el neonato, las personas de edad o deshabilitadas? ¿No es también el aborto un crimen contra la creación? Si damos la espalda a nuestros propios hijos que están aún por nacer, podemos de verdad pensar que vamos a tratar a la naturaleza con respeto? El cuidado de la tierra no progresará con la destrucción de la vida humana en cualquier etapa de desarrollo. Como el Papa Juan Pablo II ha dicho, "la protección del medio ambiente es antes que nada el derecho a la vida y la protección de la vida".

I. El Tejido de la Vida

Estos temas extraídos de la doctrina social católica están entrelazados con nuestros esfuerzos por incorporar esta doctrina a otros contextos, en especial a nuestras cartas pastorales sobre la paz y justicia económica y nuestras declaraciones sobre los alimentos y la agricultura. Claramente, la guerra representa una grave amenaza al medio ambiente, como nos recordara el cielo oscurecido y las playas cubiertas de petróleo de Kuwait. La búsqueda por la paz—una paz duradera basada en la justicia—debe ser una prioridad ambiental porque la tierra misma lleva las heridas y cicatrices de la guerra. De igual modo, nuestros esfuerzos por defender la dignidad y los derechos de los pobres y de los trabajadores, por usar la solidez de nuestra economía mercantil para hacerle frente a las necesidades básicas de la humanidad y para exigir una mayor justicia económica nacional y global están claramente ligados a los esfuerzos por conservar y mantener la tierra. Estos no son problemas distintos y separados, sino que son desafíos complementarios. Necesitamos construir puentes entre la paz y la justicia, y los programas y grupos ambientales.

La crisis actual de la ecología global exige reflexión y esfuerzo concertado y creativo por parte de todos nosotros: científicos, abogados, campesinos, telecomunicadores y ciudadanos en general. Como maestros morales, es nuestra intención exaltar las dimensiones morales y éticas de estos problemas. Dentro del movimiento ambiental, hay mucho que ratificar y aprender: la devoción del movimiento por la naturaleza, su reconocimiento de las limitaciones y el llamado urgente para lograr planes de acción sostenibles y ecológicamente íntegros. Compartimos un vasto terreno común en nuestra preocupación por la tierra, y tenemos mucho trabajo que realizar juntos. Pero también pueden existir áreas de posible confusión y conflicto entre algunos de los que comparten esta preocupación común por la tierra. Ofrecemos unos breves comentarios sobre tres de dichas preocupaciones con la esperanza de que contribuirán a establecer un diálogo sobre cómo mejor podemos trabajar juntos.

A. El Creador y la Creación

La naturaleza comparte la bondad de Dios; cuando contemplamos su belleza y riqueza nuestros corazones y espíritu se elevan hacia Dios. San Pablo aludió a una teología de la creación cuando proclamó el Creador a los atenienses, el Creador que "creó de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra, fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas las buscaban y la hallaban; por más que no se encuentre lejos de cada uno de nosotros (Hch 17:26-27)". A través de los siglos, teólogos y filósofos católicos, como San Pablo antes que ellos, han buscado a Dios en sus debates sobre el mundo creado.

Nuestra fe católica continúa aseverando la bondad del mundo natural. La vida sacramental de la Iglesia depende de los bienes creados: el agua, el aceite, el pan y el vino. Del mismo modo, la tradición mística occidental ha enseñado a los cristianos el modo de hallar a Dios, que vive en las cosas creadas y obra y ama a través de ellas.

No obstante, la teología cristiana también ratifica las limitaciones de todas las criaturas de Dios. Dios, la fuente de todo lo que existe, está presente activamente en toda la creación, pero Dios es superior a todas las cosas creadas. Profesamos la antigua fe del pueblo de Dios:

Escucha Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

(Mc 12:29-30; Dt 6:4-5)

Un amor ordenado por la creación, por lo tanto, es ecológico sin ser ecocéntrico. Podemos y debemos cuidar la tierra sin considerarla el objeto máximo de nuestra devoción. Como nos enseñó San Francisco, el amor cristiano por el mundo natural puede moderar el comportamiento humano codicioso y caprichoso y ayudar grandemente a conservar y a nutrir todo lo creado por Dios. Creemos que la fe en un Dios bueno y amoroso es una fuente precisa de cuidado apasionado y duradero para toda la creación.

B. Razonamiento e Ingenio Humano

Guiados por el Espíritu de Dios, el futuro de la tierra está en manos de los seres humanos. Para conservar los paisajes en su integridad, proteger las especies en peligro de extinción, conservar las selvas que quedan, para asegurar que se alimentará al mundo hambriento la humanidad necesitará gran resolución, cooperación social, experimentación cuidadosa, e ingenio. Para restaurar la pureza del aire y del agua, para frenar la pérdida de terrenos para cultivo, para mantener la diversidad ecológica en la vida vegetal y animal será necesaria la acción ordenada de la humanidad durante muchas décadas. Para evitar que continúe deteriorándose la capa de ozono, para detener la producción de gases de invernadero, y para reparar los efectos del calentamiento global será necesario exigirle a las naciones de la tierra una colaboración y compromiso sin precedente. Al igual que los errores de la humanidad son responsable por las congojas de la tierra, los talentos y el ingenio humano pueden y deben ayudar en su renacimiento y contribuir al desarrollo humano.

Indisputablemente la gente necesita demostrar mayor respeto hacia la naturaleza de lo que ha demostrado por siglos, pero también tendremos que aplicar el intelecto humano para encontrar un remedio para los males de la naturaleza. La experimentación científica y la innovación tecnológica deben ir acompañados de las respuestas religiosas y morales a los retos ambientales. Debe unirse la reverencia hacia la naturaleza al entrenamiento científico. En una perspectiva católica mundial, no es necesario que exista un conflicto entre una moralidad ambiental responsable y una aplicación activa del razonamiento humano y la ciencia. Los usos problemáticos de la tecnología no son una excusa para asumir una actitud precientífica hacia la naturaleza. La crisis ecológica agudiza nuestra conciencia sobre la necesidad que existe de encontrar nuevos enfoques de

experimentación y tecnología científica. Podemos aprender mucho de las tecnologías indígenas, tecnologías que son más compatibles con el ecosistema, están más al alcance de las personas pobres, y son más sostenibles para la comunidad entera.

C. Amor Cristiano

En el fondo de la vida cristiana yace el amor al prójimo. De acuerdo con lo que nos ha manifestado el Papa Juan Pablo II, la crisis ecológica nos reta a extender nuestro amor hacia generaciones futuras y para hacer que prosperen todas las criaturas de la tierra. Pero ni nuestras responsabilidades con las generaciones futuras ni el cuidar del jardín que se nos ha encomendado deberá disminuir nuestro amor por los miembros actuales de la familia humana, especialmente los pobres y aquellos de condición social muy baja. Tanto la gente empobrecida como el planeta en peligro exige nuestro compromiso de servir.

El amor cristiano nos impulsa a ayudar a los débiles y vulnerables. Estamos llamados a darle de comer al pobre, a darle de beber al sediento, a vestir al que está desnudo, a albergar al que no tiene hogar. También estamos llamados a renovar la tierra, a proporcionar agua clara y segura para beber y aire puro para respirar, a proteger las especies en peligro de extinción, a proteger los bosques, y a ayudar a los pobres a ayudarse a sí mismos. Debemos recordar que San Francisco de Asís, el santo patrón del movimiento ambiental, domó a los lobos y le predicó a las aves sólo después de un largo noviciado durante el cual auxilió a los desterrados y a los leprosos.

El amor cristiano nos prohíbe escoger entre los seres humanos y el planeta. Nos exhorta a trabajar por un futuro justo y sostenible donde los pueblos puedan participar con otros en la munificencia de la tierra y donde se protegerá a la tierra contra usos predatorios. El bien común invita a regiones del país a compartir equitativamente las cargas que se presentan en situaciones tales como el deshacerse de los desechos nucleares y tóxicos y la distribución de las aguas, y a trabajar unidos para reducir y eliminar los desechos que amenazan la salud humana y la calidad del medio ambiente. También nos invita a examinar alternativas para que nuestros hermanos pobres puedan compartir con el resto de la humanidad el banquete de la vida a la vez que conservamos y renovamos la tierra que es nuestro sustento.

V. SERVIDORES DE Y CONCREADORES CON DIOS

Como otros han indicado, somos la primera generación que ha observado a nuestro planeta desde el

espacio--que ha visto tan claramente su belleza, sus limitaciones y su fragilidad. La tecnología moderna de la telecomunicación nos ayuda a comprender con más claridad que nunca el impacto que está teniendo sobre la tierra nuestro descuido, ignorancia, avaricia, abandono, y la guerra.

En la actualidad, la humanidad entera se encuentra en una encrucijada. Habiendo leído las señales de los tiempos, podemos o bien ignorar el daño que observamos y ser testigos de daños mayores aún, o podemos asumir nuestra responsabilidad con el Creador y la creación con un coraje y compromiso renovado.

Nos vemos afrontando una tarea sin precedente, intrincada y compleja. Ninguna solución de por sí es adecuada para la tarea. Para vivir equilibradamente con los recursos finitos del planeta, necesitamos una mezcla desconocida de control e innovación. Tendremos que ser genuinos administradores de la naturaleza y, por lo tanto, cocreadores de un nuevo mundo humano. Esto nos exigirá tanto nuevas actitudes como nuevas acciones.

A. Nuevas Actitudes

Para los creyentes, nuestra preocupación y cuidado por la naturaleza da prueba de nuestra fe. Nuestra tradición encierra importantes recursos y valores que pueden ayudarnos a evaluar problemas y a encontrar soluciones constructivas. Además de los temas de nuestra doctrina social ya resumidos, las virtudes tradicionales de prudencia, humildad y templanza forman elementos indispensables de una nueva ética ambiental. El reconocimiento de la realidad del pecado y las faltas de omisión, así como la oportunidad de perdón y reconciliación, puede ayudarnos a enfrentarnos a nuestras responsabilidades ambientales. Una nueva apreciación de las limitaciones y los peligros del discernimiento humano falible deben de caracterizar las decisiones de los legisladores cuando se desempeñan sobre temas globales complicados haciendo uso necesariamente de una sabiduría humana imperfecta. Finalmente, al enfrentarnos a los retos de los años futuros, debemos todos depender de las virtudes preeminentemente cristianas --la fe, la esperanza, y el amor--para nutrirnos y orientarnos.

Hay señales de esperanza. La preocupación pública continúa en aumento. Algunas políticas públicas y la conducta de los individuos están cambiando. Desde en una participación más extensa en reciclar, hasta en las negociaciones de tratados internacionales, los hombres tratan de encontrar la forma de hacer cambios que beneficien al medio ambiente.

Muchos más parecen estar dispuestos a reconocer que el consumo excesivo del mundo industrializado ha sido lo que más ha contribuido a la degradación del medio ambiente global. Es igualmente alentadora la creciente convicción de que el desarrollo es más cualitativo que cuantitativo, que consiste más en mejorar la calidad de la vida que en aumentar el consumo. Lo que se necesita ahora es tener la voluntad para obtener los cambios en la política pública, así como en el modo de vivir, necesarios para impedir, cambiar, y prevenir la desintegración ambiental, y para llegar a alcanzar la meta de un desarrollo que sea sostenible y equitativo para todos. El problema moral dilatado es lograr durante el siglo veinte y uno un mundo justo y sostenible. Desde el punto de vista científico esto parece ser posible. Pero sólo puede lograrse el nuevo orden a través del ejercicio constante de la responsabilidad moral por individuos, organizaciones voluntarias, gobiernos y agencias transnacionales.

En la comunidad católica, como ya hemos indicado, se observan muchas señales de un aumento en debates, conciencia y acción relacionados con el medio ambiente. Hemos brindado estas reflexiones con la esperanza de que contribuirán a un diálogo más amplio en nuestra iglesia y la sociedad sobre las dimensiones morales de la ecología y la relación entre la justicia social y la ecología, entre el medio ambiente y el desarrollo. Ofrecemos estas reflexiones no con el fin de apoyar una postura política en particular, ni tampoco para unirnos a la mayoría, sino para asumir nuestra responsabilidad como pastores y maestros que ven las terribles consecuencias de la negligencia ambiental, y que creen que nuestra fe nos llama a ayudar a concebir una respuesta creativa y efectiva.

B. Nuevas Acciones

Esta declaración es sólo el primer paso hacia la formación de una respuesta progresiva a este reto. Invitamos a la comunidad católica a unirse a nosotros y a otros hombres y mujeres de buena voluntad en un esfuerzo continuado por entender y actuar con respecto a las dimensiones morales y éticas de la crisis ambiental:

- * Le pedimos a los científicos, a los que trabajan con el medio ambiente, a los economistas y a otros expertos que continúen ayudándonos para poder llegar a tener una idea clara de los retos que afrontamos y los pasos que debemos tomar. La fe no sustituye a los hechos; mientras más sepamos sobre los problemas que afrontamos, mejor podremos responder.
- * Invitamos a maestros y educadores a que recalquen en sus clases y planes de estudio el amor por la creación de Dios, el respeto por la naturaleza, y el compromiso de seguir las costumbres y el

comportamiento que inculca estas actitudes en la vida diaria de sus estudiantes y de ellos mismos.

- * Recordamos a los padres que ellos son los primeros y principales maestros de sus hijos. Los niños aprenden de sus padres el amor a la tierra y el deleite en la naturaleza. Es en el hogar donde desarrollan los hábitos de dominio de sí mismo, preocupación y cuidado que yacen en el fondo de la moralidad ambiental.
- * Exhortamos a los teólogos, escriturarios y éticos a que ayuden a explorar, profundizar y elevar el conocimiento profundo de nuestra tradición católica y su relación con el medio ambiente y otras perspectivas religiosas sobre estos asuntos. En especial, hacemos un llamado a los escriturarios católicos para que estudien la relación entre el énfasis que hace esta tradición sobre la dignidad del ser humano y nuestra responsabilidad de velar por toda la creación de Dios.
- * Solicitamos a los líderes del comercio y a los representantes de los trabajadores que hagan que la protección de nuestro medio ambiente común sea el foco central de sus actividades y que colaboren por el bien común y la protección de la tierra. En especial alentamos a los pastores y líderes parroquiales a que presten mayor atención al alcance y urgencia de la crisis ambiental en sus homilias, sus enseñanzas, su alcance y acción pastoral, al nivel parroquial y mediante la cooperación ecuménica de la comunidad local.
- * Rogamos a los miembros de nuestra Iglesia que examinemos nuestra manera de vivir, nuestro comportamiento y política, individual e institucionalmente, para ver de que modo hemos contribuido a la destrucción o negligencia del medio ambiente y como podemos ayudar a protegerlo y renovarlo. También exhortamos a celebrantes y a comités litúrgicos a incorporar temas en sus oraciones y culto que recalquen la responsabilidad que tenemos de proteger toda la creación de Dios y que organicen actos piadosos sobre la creación en los días de fiesta en honor de San Francisco y de San Isidoro.
- * Rogamos a los protectores del medio ambiente a que se unan a nosotros para construir puentes entre la búsqueda por la justicia y la búsqueda por la paz y preocupación por la tierra. Pedimos que a los pobres y vulnerables tanto en nuestra propia nación como en el extranjero se les otorgue una prioridad especial y

urgente en todos los esfuerzos que se realicen a favor del medio ambiente.

- * Instamos a los legisladores y a los oficiales públicos a que enfoquen más directamente sobre las dimensiones éticas de la política ambiental y su conexión con el desarrollo, a que busquen el bien común y a que combatan las presiones a corto plazo a fin de hacer frente a nuestras responsabilidades a largo plazo con las generaciones futuras. Necesitamos por lo menos políticas sobre los alimentos y la energía que sean socialmente justas, favorables al ambiente, y económicamente eficiente.
- * Como ciudadanos, cada uno de nosotros necesita participar en este debate sobre como nuestra nación puede proteger mejor nuestra herencia ecológica, limitar la contaminación, asignar los costos ambientales, y planear para el futuro. Necesitamos unir nuestras voces y nuestros votos para formar una nación que se comprometa más en trabajar por el bien común universal y en una ética de solidaridad ambiental.

Todos necesitamos tener una visión espiritual y práctica de servicio y de la creación conjunta que guíe nuestra selección como consumidores, ciudadanos y trabajadores. Necesitamos, como dice la ya bien conocida frase, "pensar globalmente y actuar localmente", encontrando dentro de nuestra propia situación el modo de expresar una ética más amplia de genuina solidaridad.

C. Llamada a la Conversión

La crisis ambiental de nuestros días constituye una llamada excepcional a la conversión. Como individuos, como instituciones, como personas, necesitamos cambiar nuestra manera de pensar a fin de conservar el planeta para nuestros hijos y las generaciones aún por nacer. Los problemas son tan vastos, están tan entrelazados con nuestra economía y nuestra forma de vivir, que nada que no sea una conversión sincera y cada vez más profunda hacia Dios, el Creador de Cielos y Tierra, nos permitirá cumplir nuestras responsabilidades como fieles administradores de la creación de Dios.

Sólo cuando los creyentes reconozcan el valor de las Escrituras, cuando admitan honradamente sus limitaciones y faltas, y se consagren a una acción común en nombre de la tierra y los desdichados de la tierra podremos estar preparados para participar totalmente en resolver la crisis.

D. Una Palabra de Esperanza

Una sociedad y un mundo justo y sostenible no es un concepto opcional, sino una necesidad moral y práctica. Sin justicia no puede llegar a alcanzarse una economía sostenible. Sin una economía mundial ecológicamente responsable, es imposible obtener justicia. Lograr cualquiera de estos dos objetivos es una enorme tarea; juntos parecen abrumadores. Pero "todo resulta posible" para aquellos que confían en Dios. La esperanza es la virtud que brota del fondo de una ética ambiental cristiana. La esperanza nos da el valor, la orientación y la energía necesaria para este arduo esfuerzo común.

En los duros años de la revolución industrial británica, Gerald Manley Hopkins escribió sobre el deterioro urbano creado por la industria y sobre la esperanza cristiana de un renacimiento de la naturaleza. Sus palabras captan la condición del mundo actual mientras espera ser rescatado de la negligencia ecológica en que se encuentra sumido:

*Y todo se encuentra por el comercio chamuscado;
borroso, por el esfuerzo tiznado;
Y lleva el tizón del hombre
y comparte el olor del hombre:
la tierra
Yace desnuda ahora, ni puede un pie sentir,
que se le calza.*

*Y aún así, la naturaleza nunca se consume:
Allí vive la más preciada
dulzura, profundo en el corazón de las cosas;*
.....

*Porque el Santo Espíritu sobre el Mundo
encorvado abriga con cálido seno
y con ¡ah!
brillantes alas.*

La salvación del planeta exige un compromiso largo y en ocasiones de sacrificio que requerirá la modificación continua de nuestras costumbres políticas, una nueva estructuración de las instituciones económicas, una nueva organización de la sociedad, y la educación de la comunidad global. Mas podemos proceder con esperanza porque, así como al principio de la creación, así también el Espíritu Santo en la actualidad infunde nueva vida a todas las criaturas de la tierra. Hoy oramos con nueva convicción e interés por todas las criaturas:

*"Señor, envía tu espíritu,
y renueva la faz de la tierra."*

* * * * *